

Acerca de la Crianza de los hijos

Sant Ajaib Singh Ji

Sesión de preguntas y respuestas en Bangalore, 24 Julio 1989

¿Consideras correcto que alguna vez castigemos severamente a nuestros hijos?

Les he hablado varias veces de los hijos. Siento mucho que no estén leyendo con atención la revista Sant Bani. Si la leyeran, conocerían la respuesta a esta pregunta porque me he referido varias veces a ella.

Con frecuencia he dicho que los niños son almas inocentes. Ellos no distinguen la diferencia entre el fuego y el hielo, entre una soga y una serpiente, y los peligros que corren. Si comprendieran bien estas diferencias, no jugarían con una serpiente ni pondrían la mano sobre el fuego. Los niños tampoco conocen la enemistad o el engaño; ellos son muy sagrados, puros e inocentes.

Deténganse a pensar en esto calmadamente. A veces, cuando vemos a nuestros hijos haciendo ciertas cosas, es posible que nosotros hayamos hecho cosas peores cuando éramos niños. Si los castigamos físicamente, o nos disgustamos con ellos, a partir de ese momento empezarán a desarrollar un complejo de inferioridad. Un niño se confunde y se siente muy mal cuando se le castiga severamente o los padres se disgustan con él.

El Maestro Sawan Singh Ji solía decir, "Quienes deseen tener buenos hijos, primero deben ser buenos ellos mismos y después de eso, los hijos los imitarán."

Cuando los padres se disgustan o castigan severamente a sus hijos, los hijos empezarán a perder las buenas cualidades que tengan en su cerebro. De esta manera se volverán necios y desarrollarán el hábito de que cuando se les pida hacer algo, lo harán únicamente después de recibir un regaño.

Con frecuencia se puede observar que cuando los hijos hacen algo indebido, sus padres no los corrigen en el momento mismo de sus actos, ni les hacen caer en cuenta de su error. Y cuando más tarde los castigan, no es tanto por los actos que hayan cometido, sino porque están realmente irritados y disgustados con el uno con el otro.

En el Rajastán hay un dicho bastante gracioso que dice que una persona se cayó de un burro, pero se disgustó con el dueño del burro.

Por tanto, si explicamos las cosas a los hijos diciendo: "Hijo mío, no está bien hacer tal cosa. No debes portarte de tal o cual manera", creo que eso dará mejores resultados, porque los padres son los responsables de formar la vida de sus hijos.

Pero si los padres siempre están recordando a sus hijos las faltas que cometen, no podrán criarlos bien. El Gurú Nanak Sahib decía: "Por grandes que sean las faltas de sus hijos, la madre nunca las recordará".

Amados, deberíamos seguir el ejemplo del Maestro. En el camino de la espiritualidad, nosotros también somos como niños cuando estamos ante nuestro Amado Maestro. Sabemos cuántos defectos tenemos y cuántos errores cometemos a diario, y a veces hacemos cosas imperdonables. Sin embargo, el Maestro no nos recuerda esas faltas, sino que nos perdona una y otra vez. A veces nos sentimos avergonzados de llegar hasta Su presencia porque hemos hecho cosas muy malas, pero Él no deja de perdonarnos, ya que si no nos perdonara y se olvidara de nuestras faltas, jamás podría llevarnos de regreso a Sach Khand. El Gurú Nanak dice: “Oh mi Amado Señor, soy como un hijo tuyo, ¿podrías olvidarte de mis faltas?” Aun después de llegar a Sach Khand y estar delante de Su Maestro, los Maestros se consideran y se portan como niños de cuarenta días de nacidos, porque saben que los niños son las únicas almas buenas; son los únicos que saben perdonar y están verdaderamente libres de maldad.

El Maestro Sawan Singh Ji solía contarnos cosas de Su vida cuando trabajaba en el ejército. Una vez nos contó que en el piso inferior de la casa donde vivía con su familia, vivía otra familia que se relacionaba mucho con Sus hijos.

Los hijos del Maestro Sawan Singh eran una buena influencia para los miembros de esa familia, porque cuando bajaban a reunirse con ellos y se les ofrecía carne y otras cosas preparadas en esa casa. Ellos eran tan estrictos con la dieta vegetariana que ni siquiera volvían a mirar la comida que se les ofrecía. En una oportunidad, el Maestro Sawan Singh bajó a visitar a sus vecinos y el

hombre que vivía allí dijo: “No sé qué clase de hijos tienes. No les gusta comer carne ni alimentos parecidos, y aunque les decimos que la carne es un buen alimento, no la prueban.”

El Maestro Sawan Singh Ji les dijo: “Eso se debe únicamente al ejemplo que reciben de sus padres. Ustedes mismos podrán apreciar el resultado de la influencia que ejercen sobre la vida de sus hijos.” El Maestro Sawan Singh contaba que durante su vida de trabajo en el ejército, tuvo muchas oportunidades de verse con esa familia, y pudo ver que cuando los hijos crecieron, una de las hijas arruinó su vida y un hijo adquirió malas costumbres. Para entonces, los padres se dieron cuenta de que no habían dado buen ejemplo y estaban viviendo las consecuencias. Y el Maestro Sawan Singh nos explicaba: “Si ustedes reprochan duramente a sus hijos o los castigan severamente, podrán darse cuenta del resultado en el curso de su propia vida. Ellos llevan tanto odio en su interior que no cuidarán de sus padres cuando necesiten ayuda.”

Todos nosotros podemos aprender mucho de los niños. Ustedes bien saben que cuando un niño nace, no es más que un pedazo de tejido humano. Tiene lengua pero no puede hablar ni expresar sus necesidades. Tiene piernas pero su cuerpo es como el de un ser inválido. El recién nacido no puede comunicar sus dolores, deseos o necesidades. Todos podemos aprender mucho de ellos porque hemos pasado por la misma situación y vivido igual que ellos.

Más tarde, cuando el niño crezca y tenga que ir al colegio, los padres pacientes explican con

mucho amor a sus hijos: “Hijo mío, es bueno que vayas al colegio y aprendas de tus profesores, porque con eso tendrás un buen futuro”. Quienes expliquen las cosas de manera paciente y tranquila a sus hijos, ejercerán buena influencia sobre ellos y los hijos terminarán yendo felices al colegio y aprendiendo lo que sus profesores les enseñan. Pero si los niños viven intimidados, el solo pensamiento de tener que ir a estudiar al colegio les causa pánico y le sienten miedo a los profesores. Y si adicionalmente son castigados con dureza y obligados a ir al colegio a estudiar en esas condiciones, ya podrán imaginarse el efecto que eso tendrá en los hijos. Por lo contrario, si los padres tienen paciencia y actúan calmadamente con ellos, si les explican con mucho amor que ir al colegio es bueno para ellos, irán y aprenderán mucho de sus profesores.

En una oportunidad presencié el siguiente drama familiar. Desde mi terraza vi cómo una madre golpeaba a su hijo con un palo. La única falta que había cometido el hijo era cantar en alta voz una línea de un bayán, algo que la madre quería evitar, y por eso empezó a golpearlo. Sentí mucho pesar por ese pobre niño. Había sido golpeado solamente por repetir una línea de un bayán. Después la madre vino a verme y a quejarse que el niño no la respetaba. Yo le dije: “La razón es que tú no lo respetas a él. El no cometió ninguna falta pero tú lo golpeaste, luego, ¿cómo esperas que él te respete?”

El niño todavía está entre nosotros y cuando cuento esto, él se sonríe porque sabemos las cosas que hacen los padres.

En los Shastras hindúes se dice que los niños necesitan mucha atención durante los

primeros cinco años de vida, y después de ese período ya se les puede explicar las cosas. Y cuando las expliquemos, debemos ser muy cuidadosos y pacientes con ellos. Debemos evitar perder la paciencia o irritarnos con ellos, y más bien, explicarles las cosas amorosamente.

Cuando el hijo crece y llega a los quince años, deben tratarlo como se trata a un hermano o una hermana. Y aun así, sólo cabe hacerle sugerencias. Si le imponen sus ideas en vez de hacerle sugerencias, ellos se alejarán de ustedes y dejarán de escucharlos.

En la Edad de Plata, vivía en la India una pareja de esposos llamados Andúa y Andeli. Ambos eran ciegos y tenían un hijo llamado *Sirván*. A pesar de su ceguera, cuidaron muy bien a su hijo, lo criaron con el deseo de hacer la devoción de Dios y lo formaron muy bien. Cuando el hijo creció, pensó: “Mis padres han hecho tanto por mí, ¿cómo podré recompensarlos?” En la religión hindú se considera que hacer un peregrinaje hasta los lugares sagrados es muy benéfico. Luego el hijo pensó: “Quizá podría llevarlos en peregrinaje a todos los sitios sagrados de la India.” Pero como no podían caminar un largo trayecto, y además eran ciegos, fabricó una silla especial para llevar a sus padres a todos los lugares de peregrinaje, y con esto expresó su gratitud a sus padres. La historia de *Sirván* es de la edad de Plata, pero en la India de hoy, si un hijo es respetuoso, obediente y cuida de sus padres, todavía lo llaman *Sirván* y se cuenta esta historia.

Luego vean ustedes, si criamos bien a nuestros hijos, ellos cuidarán de nosotros. Pero, ¿qué ocurre con la mayoría de los padres hoy día? Que ellos no valoran el sentir

de sus hijos ni prestan atención a sus deseos, ni siquiera hacen el esfuerzo de conocer lo que les interesa. Simplemente les imponen automáticamente sus ideas y cuando los hijos crecen esperan demasiado de sus padres. Pero si cuando los hijos estaban pequeños, los padres los hubieran tratado con mucho amor y cuidado de ellos con suficiente atención, entonces los hijos cuidarían con mucho cariño a sus padres.

En mi propia familia tuve una tía de muy mal carácter. Siempre regañaba y se quejaba de sus hijos, y de esta manera los educó muy mal. A diario les recordaba que ella había trabajado duramente para criarlos, y les decía cosas para hacerles sentir todo lo que había hecho por ellos. Decía cosas como: “Trabajé tanto para cuidar de ustedes que todavía tengo el mugre en las uñas de mis dedos.” Cuando ella decía esto, un hijo solía decirle: “Madre, dame unas tijeras y te cortaré no sólo las uñas sino los dedos”. Él sabía la escasa atención que había recibido de su mamá y la crianza deficiente que había tenido.

También les he contado muchas historias de lo diferente que fue mi madre. Era una mujer muy devota, y gracias a su influencia obtuve la inspiración de hacer la devoción de Dios. Ella era muy buena e inculcó en mí el deseo de hacer la devoción de Dios. Un día le pregunté: “Madre, has hecho tantas cosas buenas por mí, ¿cómo puedo pagarte lo que has hecho?” Ella era muy buena y me respondió: “No, hijo mío, yo no he hecho nada especial por ti. Todo fue por la gracia de Dios Todopoderoso. Yo recibí la oportunidad de cuidarte y he cumplido con mi deber. No te he hecho ningún favor; he sido muy afortunada de haber sido tu madre”.

Era una mujer tan buena que siempre decía palabras así, y aunque yo le dijera: “Madre, has hecho tanto por mí”, jamás me hizo sentir que había hecho algo especial. Luego ustedes podrán notar la diferencia entre mi madre y mi tía. Y gracias a la actitud bondadosa de mi madre, sentí el deseo de hacer la devoción de Dios.

De esto se puede sacar la conclusión que si criamos a nuestros hijos con una buena actitud, adquirirán buenas costumbres. Pero lo que generalmente se puede observar es que cuando una madre hace algo por sus hijos, empieza a proclamarlo a los cuatro vientos: “He hecho tal y tal cosa para beneficio tuyo” y cuando la visitan los parientes o amigos se queja de sus hijos, diciendo: “Él no va al colegio, no estudia; no me obedece,” y cosas de ese estilo. Si la madre hace sentir a sus hijos que no valen nada, o que siempre están haciendo cosas equivocadas, les está creando un complejo de inferioridad y los deprime. Pero, por lo contrario, si los padres siempre elogian y animan a sus hijos, y se abstienen de criticarlos delante de otras personas, eso producirá un buen efecto. Porque incluso si no son tan buenos como se les dice, pero se sienten animados de esta manera, y no escuchan que se les critica frente a otras personas, ellos tratarán de convertirse en aquello que ustedes dicen, y eso tendrá un efecto muy positivo en su vida.

La vida de un Santo está llena de experiencias. Entre nosotros está la familia Bagga, incluido Pappú, y como ustedes saben, los hijos a veces cometen errores. En una ocasión Bablú, el hermano menor de Pappú, quizá hizo algo malo y cuando los miembros de la familia se

preparaban a castigarlo, súbitamente me aparecí a visitarlos en su casa de Delhi. No estaba previsto ningún programa ni nada especial, yo simplemente les llegué abruptamente, y cuando hice sonar la bocina del auto todos los miembros de la familia salieron a recibirme, y se suspendió el castigo que le iban a dar a Bablú en ese momento.

Y Bablú comentó: “Parece que la plegaria de un devoto ha sido escuchada, porque Tú llegaste y me salvé de una paliza”. Al día siguiente Bablú me pidió que hablara con su padre, el Señor Bagga, y que por favor le dijera: “Si deseas azotar o enojarte con tu hijo, no lo hagas frente a los criados, porque si ellos ven al padre golpeando a su hijo, se negarán a obedecerle cuando él les dé una orden”.

Así que vean ustedes como hacemos caso omiso de los sentimientos de los niños. Ellos lo saben todo y por eso Bablú decía: “Si mi padre desea azotarme o regañarme, no debería hacerlo delante de los criados, sino llamarme aparte”. Por eso, cuando se castiga severamente a los hijos o reaccionamos con ira por algo que han hecho, los adultos no pensamos en el efecto que eso tiene; sólo nos preocupamos por mantener nuestro prestigio. Si disciplinamos a los hijos en un lugar aparte, no frente a los demás, ellos comprenderán mejor sus errores y eso no les traerá efectos negativos más tarde.

Hay muchas más cosas que podría decir a este respecto, porque he visto el resultado de muchas cosas en la vida de los niños. Por eso, el único consejo que daría a todos es que cuando se trata de criar hijos, recordemos que nosotros también pasamos por esa etapa de la vida y tuvimos el mismo tipo de experiencias. Si tomamos en cuenta y recordamos lo que

nosotros también vivimos, creo que seremos más cuidadosos con la educación de nuestros hijos. Todos pasamos por circunstancias parecidas cuando ni siquiera podíamos comunicar a nuestros padres los sentimientos y deseos que teníamos. Tampoco podíamos decirles que teníamos un dolor de estómago o cosas así. Luego si recordáramos todas estas cosas y nos pusiéramos en la misma situación de los hijos, creo que aprenderíamos mucho de ellos.

Ustedes saben que después de la muerte sigue un nacimiento, y en cualquier cuerpo que se encuentre el alma, siempre tendrá que pasar por la niñez. Todos tendremos que vivir la misma experiencia una y otra vez. Por lo tanto, si nosotros hacemos el Simran y además inspiramos a nuestros hijos hacer lo mismo, a hacer la devoción al Señor, fácilmente podremos librarnos de este problema. Si hacemos la devoción al Señor podemos animar a nuestros hijos a hacer lo mismo. Luego el único consejo que yo les daría es cuidar muy bien de sus hijos.

Los satsanguis deben reflexionar en esto con atención y hacer que su corazón sea receptivo. Deben esforzarse en comprender por qué tienen problemas con sus hijos. Con frecuencia obramos sin mayor reflexión y terminamos creando disputas y problemas innecesarios en nuestra vida familiar.